

libro, dedicada a analizar la situación de los medios de comunicación de masas en la República Federal Alemana. El autor va repasando la situación jurídica de los diversos medios de comunicación y sus relaciones con el capital financiero y con los consumidores, hasta mostrar cómo las posibles diferencias iniciales en cuanto a dependencia de organismos públicos o pertenencia a empresas privadas no altera sustancialmente la situación de la información resultante, ya que en ambos casos los medios de comunicación están sujetos por igual a un mercado publicitario monopolista, y, además, controlados por los mismos grupos sociales.

Aporta, además, una serie de datos estadísticos en cuanto a porcentajes de población afectados por los diversos medios de comunicación, y en qué medida, de indudable interés sociológico.

El libro se completa con dos apéndices, en forma de ensayos teóricos, sobre la "Personalización de los hechos sociales en revistas ilustradas y en emisiones de televisión", y el papel compensador que a nivel cognoscitivo y emotivo tienen las revistas ilustradas, que redondean los planteamientos anteriores y son de indudable valor para el análisis sociológico del problema de la comunicación de masas en su coyuntura actual. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.



El teatro Moulin Rouge, de Hollywood.

Contar lo que pasa

Como el alud de títulos es agobiante, con frecuencia pasan inadvertidos en las reseñas libros de interés. Es lo ocurrido con "Luces de Hollywood" (1), de Horace McCoy. Vaya por delante que, una vez más, Pilar Giral demuestra ser una magnífica traductora, aunque a veces caiga —la suponemos catalana— en alguna confusión entre "voy" y "vengo"; el título castellano, de cualquier manera, no supera al inglés, "Debería haberme quedado en casa".

McCoy, autor de "Así matan a los caballos", que dio origen al film "Danzad, danzad, malditos"; de "Di adiós al mañana" y de la no traducida "No poclets in a shroud", pertenece a esa especie tan americana de novelista "negro" procedente del periodismo "en directo". No se le suele citar en el mismo plano que a los "grandes": Hammet, Chandler, McDonald, y, sin embargo, no tiene nada que envidiarles.

Si Chandler es más fino, más autor omnipresente, más volcado a la ironía, McCoy opta por "desaparecer" en la narración.

Tampoco es un objetivista: la estructura de sus novelas no es naturalista, pero sí potencia un realismo a prueba de bombas por sus implicaciones denunciadoras y su oblicua capacidad de sugerir aún más de lo que, escuetamente, se dice.

"Luces de Hollywood", escrita en 1938, tiene al menos tanta amargura y mala leche como "La plaga de la langosta", de Nathaniel West, a la hora de pintarnos una "meca del cine" infectada de codazos por trepar, de suciedad bajo los oropeles. Las estrellas sólo aparecen de lejos, inalcanzables y, sin embargo, estúpidas: es sintomático el ensañamiento de McCoy con un Robert Taylor que, andando el tiempo, cuando estallara la "caza de brujas", se yerguiría como "audaz" defensor de lo americano contra el comunismo. "Luces de Hollywood" es novela de la escoria, de extras, de aprendices de gigoló, de dobles, de patéticos llamapueñas.

McCoy sabe ser explícito, pero tiene mucho cuidado para que su novela no muera inmediatamente. Es magistral su modo de ser oblicuo, de mostrar e incluso comprometerse juzgando, pero sin alardes de aquí estoy yo. Está en condiciones de escribir así porque es, sin duda, un estilista poco común.

Sobre todo, los diálogos. En

(1) Brujuela. Libro Amigo.

